

## Libertinaje filosófico

Michel Onfray, *Los libertinos barrocos. Contrahistoria de la filosofía, III*, Barcelona, Anagrama, 2009.

Después de leer este libro, espero con ansia la edición del cuarto volumen de la serie para ver hasta dónde llega Onfray en su deconstrucción del pensamiento occidental. Desconocía los dos anteriores, dedicados a la filosofía antigua y la cristiana, pero también merecerán ser leídos, tarde o temprano.

Estamos acostumbrados a una procesión de autores que no suele cambiar en las diferentes historiografías al uso, hasta que aparece, de vez en cuando, quien estira de la manta y saca a relucir otros argumentos y otros protagonistas que habían estado ocultos tras la cortina de humo de la historiografía oficial. No nos engañemos: el señorío de Descartes sobre los inicios del pensamiento moderno no se discute (entre otras razones, porque también Descartes atravesó la cortina de humo), pero ahora no se nos aparece tan solitaria y absoluta. Entre los objetores de Descartes había representantes de la ortodoxia cristiana (jesuitas, escolásticos), que sirvieron para prestigiarle (es bueno ser criticado por los malos de la película), pero también había otros críticos adscritos a una constelación de ideas que Onfray califica de *hedonista*, y que es heredera de actitudes y argumentos remontables a la sabiduría antigua, es decir, al hedonismo y al materialismo griegos, a los Sabios (Homero incluido), atomistas, sofistas y, sobre todo, a Epicuro.

La constelación hedonista se opone a la *idealista*, y ambas recorren la historia de la filosofía siguiendo caminos paralelos que de vez en cuando se interseccionan. Descartes pertenece a la constelación idealista, como Platón, pero su actitud filosófica está muy cerca de los libertinos coetáneos, compartiendo con ellos la crítica al escolasticismo y la búsqueda de método alternativo partiendo del escepticismo. Ciertamente, no me atrevo a imaginar a Descartes como hedonista, más allá de las anteriores coincidencias intelectuales. La mayoría de los libertinos son aficionados a una vida social (cuando no una vida sexual) agitada, mientras que Descartes prefería no salir de la cama ni para escribir. Claro, la cama también puede entenderse como un hábitat hedonista.

Estos autores libertinos también discuten con Descartes, pero desde el otro lado del río. Imaginemos a Descartes remando contracorriente y sorteando las flechas de los jesuitas que fueron sus maestros en La Flèche, por un lado, y las de los libertinos por otro. Que Descartes haya pasado a la historia como figura de primer orden se debe, sin duda, a su competencia para esquivar flechas y devolverlas hacia ambos lados del río, y esta competencia y la posición preeminente que de ella se deriva no se discute en el libro de Onfray. Tan sólo se intenta mostrar un panorama donde los oponentes al cartesianismo reciban la oportunidad de manifestarse, dado que han estado silenciados, cuando no vituperados incluso por autores del siglo XX. Ni Gassendi, ni La Mothe le Vayer, ni Cyrano de Bergerac ni mucho menos Spinoza fueron unos incompetentes en

materia filosófica, sino solamente unos ignorados, salvo el último de ellos, por la historia académica. Pero ellos también contribuyeron a la deconstrucción de las convicciones medievales y a la puesta en marcha de la modernidad.

Algunos de ellos son presentados en discusión directa con Descartes; otros llegaron cuando éste ya había fallecido, pero siguieron en la misma línea de réplica al cartesianismo y los presupuestos que Descartes había dado por buenos tan ligeramente. Entre éstos Onfray sitúa a Spinoza en primera línea, como culminación del movimiento libertino y como superación del mismo, a través de propuestas mucho más atrevidas que acaban enlazando con el pensamiento crítico ilustrado.

El afán libertino ocupa un lugar en la genealogía del pensamiento ilustrado francés y en la preparación intelectual de la Revolución de 1789, piensa Onfray. Ese afán era emancipatorio del pensamiento, el mismo empeño que adorna al primero de los libertinos, Montaigne: liberarse de las trabas mentales de la religión, de toda atadura sobre el pensamiento libre, para poder analizar con claridad y distinción todas las ideas que se pretenden válidas; revisar todos los presupuestos y dogmas, y no dar nada por cierto sin esa revisión. Es el camino de la duda, formulado antes que Descartes lo hiciera con tantas prevenciones que hay quien duda de la existencia del llamado *método* en el pensamiento cartesiano.

Todos ellos, incluyendo a Descartes, compartían inquietudes semejantes respecto de la tradición filosófica heredada, pero después los caminos se bifurcan y unos van a parar a la oscuridad del bosque. Onfray les rescata de la oscura existencia en las bibliotecas para ver en ellos a los antecesores de la Ilustración francesa, a pesar de Voltaire, que los ignora totalmente. La Ilustración se inspiró en ellos, pero después fueron vueltos al cajón cerrado con llave por el éxito del Romanticismo, que acabó con los restos del libertinaje filosófico por la vía de la exaltación del cristianismo más ortodoxo.

En libro, este de Onfray, para disfrutar de una escritura dinámica, llena de diálogo interno, de detalles históricos y biográficos enriquecedores, de pasión por defender a un puñado de silenciados e ignorados, cuando no vituperados. Ahora que el hedonismo triunfa a través del consumo de masas, recordemos los tortuosos pasos del hedonismo intelectual para no olvidar nuestras selectas raíces.

Josep Pradas  
Seminari de Filosofia Política, UB